

¿Pensar al macrismo?

El pacto, el golpe y las imágenes ciegas

Manuel Ignacio Moyano¹

...lo único que la burguesía no soporta, lo que la saca de quicio, es la idea de que el pensamiento pueda pensar sobre el pensamiento, de que el lenguaje pueda hablar del lenguaje, de que un autor no escriba sobre algo, sino que escriba algo.

Severo Sarduy

1. Hace algún tiempo, en el diario *Página 12*, apareció una columna de opinión de José Natanson donde afirmaba “el macrismo no es un golpe de suerte”. Su análisis decía algo que todos sabemos: el macrismo gana los votos puesto que singulariza a su elector, le habla al oído como un buen pastor preocupado por cada oveja de su rebaño. En ello, nos recordaba como si descubriera la pólvora, su campaña y sus propuestas políticas pueden tapar cualquier ajuste económico, cualquier violación de los derechos humanos. Pero es aquí cuando Natanson, muy probablemente interesado en no ser mal visto por el gobierno, jugaba el juego que le interesaba, esto es, concebir al macrismo como una “democracia”, como una derecha “moderada”, o bien “sensible”, con capacidad de articular la bicicleta financiera con un Estado que no ha realizado “despidos masivos” (SIC) ni recortado el gasto público. Pero, para poder hacer esta concesión, su juego se convertía en el mismo del macrismo, es decir, en *una legitimación democrática a la violación del Estado de Derecho que vemos ejercerse día a día desde que gobierna en casi todo el país*. Violación que en el caso de Santiago Maldonado ha llegado a su dimensión cúspide. Por ello, reconocer en el macrismo un “hábil discurso de campaña”, “más cerca de la época que de la épica” que, a pesar de todo, seguiría siendo “democrático” –incluso más democrático que el gobierno menemista de los ‘90–, no es otra cosa sino *legitimar al macrismo*. En este sentido, la nota de Natanson quería decir simplemente: “el macrismo no es un Golpe” y, como tal, debemos aceptarlo.

Inmediatamente se abrió un gran debate en diversas líneas –tanto en la izquierda tradicional, en el autonomismo, como en el campo intelectual adherido a lo nacional y popular–, sobre la caracterización del macrismo que permitió reabrir las vías de análisis. Un debate donde diversos pensadores y pensadoras señalaron, contra la hipótesis legitimante de Natanson, lo “sinistro” que el macrismo abría en su modo de gobernar. Así, esas escrituras lograron señalar perfectamente la ligazón entre las derechas

¹Dr. en Filosofía. Programa de Estudios en Teoría Política, CIECS, FCS-UNC y CONICET.

de la última dictadura y las del neoliberalismo que tejió nuestros cuerpos y deseos en los 90 y en determinados momentos del kirchnerismo, para mostrar cómo la derecha golpista y la post-golpista se anudaban en esa red político-empresarial-comunicacional que hace al mundillo de Cambiemos.

Sin embargo, más allá de la importancia de estos análisis para responder a la pérfida nota de Natanson, algo parecían tener en común con éste, algo que comenzó a engrosarse fuertemente desde que Macri venció a Scioli en el ballotage de 2015: *el impulso analítico*. Como si de algún modo la victoria electoral de Cambiemos en 2015, hoy refrendada masivamente en las elecciones legislativas de 2017, hubiera abierto una catarata de análisis que diferían radicalmente de aquellos ejercidos en la época del gobierno anterior. Es que si en éstos se trataba de identificar qué era el kirchnerismo para entenderlo y problematizarlo (incluso para criticarlo), ahora se busca precisar qué es el macrismo y cómo, en paralelo, es *posible desactivarlo*. De alguna forma, quíerese o no, el kirchnerismo (en el sentido de fuerza gobernante) implicaba un desafío para los análisis y para la crítica política en cuanto a su develamiento, como si en él hubiera un secreto que debía ser descubierto para criticar o elogiar. El macrismo, en cambio, no solo implicó ese esfuerzo de develamiento, sino, concomitante, la exigencia de superación y/o desactivación. Es que pareciera haberse llegado a una situación donde solo un análisis que no busque develar sino, a la vez, sugerir las vías para superar o al menos desactivar al macrismo será uno no legitimante, uno donde el cuerpo de Santiago Maldonado encontrará su justa forma de escribirse y pensarse. Es decir, hay una exigencia para los análisis de izquierda de no solo entender al macrismo, sino de superarlo, desactivarlo. En caso contrario, en el auspicio de una simple descripción sociológica, lo único que se hará es *legitimarlo*. Precisamente como Natanson. De alguna forma, esta exigencia ética y política de justicia en la analítica se impuso de forma creciente entre las mejores lecturas del macrismo, aquellas que contra Natanson señalaron la absoluta connivencia entre las derechas multiformes que componen a Cambiemos y las prácticas anti-democráticas que violan sistemáticamente cualquier garantía constitucional. Es por esto que de algún modo estamos viviendo una lucidez intelectual alevosa, una que, como si fuera una respuesta, va de la mano con el fortalecimiento de los peores fascismos sociales. Sin embargo, y aquí se abre el punto quizás más problemático, la exigencia de superación o desactivación parece ir anudada a una de lograr la caracterización del macrismo más certera, más fina y atinada posible... como si hubiera, de fondo, una confianza en que dando con la verdad del macrismo, contrarrestarlo será más fácil.

2. Claro que no se trata simplemente de que así “se despertará la

conciencia dormida del pueblo”. Esos fueron los errores clásicos de las izquierdas del siglo XX: confiar en la dirección teórica de la praxis revolucionaria como en el poder contra-ideológico con que la “verdadera” ciencia y el “verdadero” análisis ilustrarían al pueblo. Al contrario, ahora se trata de asumir el análisis como un momento *estratégico* de este embate contra el macrismo en el que estamos insertos. Inserción, vale aclarar, que va más allá de nuestra voluntad. Sin embargo, ¿es suficiente ese momento estratégico del análisis? Claro que jamás será suficiente, nunca nadie ha sostenido lo contrario. Pero, ¿es necesario pensar al macrismo? ¿Es pensable el macrismo?

Hace un tiempo, un poco antes del ballottage de 2015 que definiría la victoria de Macri sobre Scioli, circuló por las redes sociales un “meme” donde aparecía el rostro de un Macri macabro con una frase bastante sincera “Muy buen análisis. Lo voy a privatizar.” El meme nos decía a todos los que estábamos tratando de “definir” al macrismo: “sí, tenés razón, soy todo eso. Increíble análisis. ¿Y ahora?” Por eso hacía reír a izquierda y derecha por igual, pues mostraba el cinismo amarillo que empezaba a gobernar y emerger por diversas capas sociales, señalando su *verdad* y al mismo tiempo su *victoria*. De alguna forma, lo que en este simple meme se anunciaba es que digamos lo que digamos, ellos “lo privatizan”. Por otro lado, las izquierdas, tanto las populistas como las autonomistas, empezaron a mostrar cómo la derecha leía y buscaba “analizar” a la izquierda misma, mientras que ésta se contentaba con seguir leyendo sus Gramsci y Deleuze perdiendo de vista un fino estudio de esos mismos dispositivos contra los que dichos pensadores, de una forma u otra, habían escrito. Empezó a circular la necesidad de “estudiar a la derecha” tal como ella misma, en su cinismo, lo hacía con la izquierda.

Sin embargo, si es cierto que la derecha estudia a la izquierda, tampoco “estudiar a la derecha” podría significar escapar a su “privatización”. El problema es justamente el que señala el “meme” en cuestión: es que si la izquierda se esfuerza por desentrañar a la derecha, y si la derecha leerá el “análisis” que la izquierda hace de ella, ¿no podrán, así, aceitar su propia máquina? ¿No podrán mejorar su propia performance, su propio show terrorífico, su propia escena posdramática con “nuestros” refinados análisis? El cinismo les permite todo. No es muy difícil imaginar al conocido gurú de esta máquina, Jaime Durán Barba, sonriendo con nuestros análisis y, *sin la más mínima contradicción*, estando de acuerdo con ellos. Incluso más: rearmando sus estrategias con nuestros análisis. Eso en el mejor de los casos, pues la otra alternativa es la esterilidad más olímpica de todas para esos análisis ya que no tienen ni masividad ni proyección política real. Y

la pregunta se vuelve a instalar: ¿es necesario pensar al macrismo?

3. Desde nuestra perspectiva, desde nuestro “análisis”, el macrismo ha logrado compenetrar de forma radical el “pacto” con el “golpe”. Es decir, gana democráticamente, por vía de elecciones confiables, los votos del electorado a través de políticas antidemocráticas que han violado cualquier garantía constitucional (los nombres de Milagro Sala y Santiago Maldonado son claros ejemplos de esta violación). Las elecciones legislativas de este año lo muestran cabalmente: con un cuerpo desaparecido por más de dos meses, en medio de un procedimiento ejecutado por gendarmería nacional y bajo el auspicio de una Ministra nauseabunda, un cuerpo reaparecido en las condiciones más extrañas posibles a cuatro días de las elecciones, no solo ganan sino que mejoran la propia performance respecto de las PASO. Y no solo ello, logran también imponerse sobre una candidata de la talla de Cristina Fernández. Es en este sentido que, según nuestro propio análisis, las elecciones pasadas han refrendado un pacto fascista entre gobernantes y gobernados, un pacto que podemos rastrear arqueológicamente en los linchamientos públicos que hemos visto sucederse desde hace varios años. Son esos golpes *entre* ciudadanos, donde el individuo toma el monopolio de la violencia como prerrogativa propia, precisamente el lugar al que el pacto macrista dirige su solicitud. Así, el aporte gubernamental de Cambiemos a la historia política argentina es aquella donde el fascismo de los gobernantes solo es posible ejerciéndose en el fascismo de los gobernados, es decir, *sin imposición*. No hay dictadura sobre el pueblo, sino del pueblo. Sin embargo, ahondando en nuestro análisis, el dispositivo donde realmente se logra firmar el continuum entre “pacto” y “golpe” es la culpa, la culpabilización constante. *Es que no puede haber una alianza entre golpe y pacto, entre elecciones democráticas y violación al Estado de derecho, si no hay previamente una culpabilización del todo social*. La culpa es el sello donde el pacto golpista se firma y legitima. Es por esta razón que su odio más grande está dirigido al pasado, puesto que es lo único que la culpa no permite mirar. Solo se puede vivir en y con la culpa mirando para adelante, no para expiarla, sino para simplemente soportarla y, quizás, olvidarla. El cinismo ha ganado todo. Y él se define por un vivir conforme y alegre con la culpa propia, para seguir culpabilizando a todo lo que rodea. Es que no puede soportarse sino encuentra, a la vez, la culpa en el otro. En este sentido, el dispositivo culpabilizante necesita volverse visible, hipervisible. Y es aquí donde el macrismo entendió la “época”: la culpa, para poder culpabilizar y reproducirse, necesita exhibirse sin tregua ni respiro. El mecanismo con el cual se hizo posible visibilizar eso no fue otro que la saturación del espacio imaginario que rodea al todo social. De allí la fundamental apuesta a las

relaciones digitales y a las redes sociales en su comercio de imágenes. Es que entendieron tan bien el poder de las mismas, que solo pudieron hacerle frente llevándolas al paroxismo, a la *saturación*, a la “revolución”. Encontraron, así, cómo en la reproducción infinita de las imágenes emergía la culpa social, allí donde el pacto y el golpe podían darse la mano sin contradicciones (o soportando todas las contradicciones). No de otro modo es posible explicar cómo gana por amplísima mayoría una candidata que se mofa de un cadáver en un programa de televisión a tres días de las elecciones. Y la pregunta vuelve a instalarse, ¿es *pensable* todo esto? ¿Realmente este análisis abre una posibilidad real de superación, de desactivación, de sugerencia para una *intervención política* para frenar al macrismo? ¿Es la inteligencia el motor de la emancipación, el modo de frenar la fiebre amarilla de culpa y cinismo?

Quizás haya llegado el momento de quitarnos de encima la confianza ilustrada en el análisis y el pensamiento. Entiéndase: claro que son necesarios todos los análisis posibles, todas las escrituras, todas las críticas. Nosotros mismos lo hemos hecho aquí. *Pero hay que dejar de confiar en ellos*. No porque no sirvan, porque no tengan “eficacia” política, sino porque es necesario hacerse cargo del ojo mocho que impide cualquier punto de vista, hacerse cargo de que en la hipervisibilidad, en la saturación de imágenes ya no podemos ver, ya no podemos analizar. Quizás sea hora de hacernos cargo de que ya no se trata de analizar las imágenes (aun cuando no dejemos de hacerlo con absoluta desconfianza en ello), sino de *apagarlas*. Nuestra tarea tal vez sea argumentar, desentrañar, explicitar la explicitud del macrismo pero sin confiar para nada en ella, para hacernos cargo así del *punto ciego* en que ya no podemos pensar más y solo debemos encargarnos de sobrevivir. Asumir la insostenible impotencia de cualquier *lucidez*. Y oscurecerla. Tal vez en ese momento, que no será sino una *imagen ciega* del macrismo, ya no pensaremos “al” macrismo sino “fuera” de él. Pero para ello parece necesario un corrimiento esencial: escapar a cualquier iluminación intelectual y hacer de la escritura, del análisis y del pensamiento una performance incauta y ciega, una performance previa al pensamiento. El resto está en las calles y en las marchas donde ponemos el cuerpo, los gritos y los abrazos que nos protegen, mínimamente, del pacto golpista de cada día.